

CREerY
cer

22

**Testigos de Jesús
en el mundo.
Después de la
Confirmación, ¿qué?**

Michel Olaortúa Laspra, OSA

F A E

CREER Y CRECER es una nueva colección que publica la Federación Agustiniana Española (FAE). Lo hace con dos objetivos a la vista: Reconocer y alentar, en primer lugar, la tarea de todos los agentes de pastoral que anuncian hoy el evangelio de Jesucristo en el mundo juvenil. No son los mejores tiempos para la evangelización de los jóvenes, pero son nuestros tiempos y los jóvenes del siglo XXI son los únicos jóvenes que existen.

Hubo épocas en que la fe infantil y juvenil estaba bien escoltada por la familia y la sociedad. En nuestros días, la fe carece de apoyos externos. O hace pie sobre unas hondas convicciones personales o se tambalea y derrumba ante el primer vendaval. Se impone, entonces, una pastoral seria, sin falsificaciones, que acompañe el proceso del desarrollo humano. CREER Y CRECER de la mano. La fe que se va haciendo carne propia, acontecimiento personal que abarca y transforma la vida entera.

En segundo lugar, CREER Y CRECER ofrece un temario que acerca al fundamento de la existencia humana y de la fe cristiana. Nadie ignora que la pastoral juvenil sufre los embates de la secularización. Los forjadores de la opinión social orillan el sustrato religioso de nuestra cultura y el torrente noticioso de los medios de comunicación arrastra la credibilidad de las instituciones. La imagen de la Iglesia que hoy se presenta es la de una institución encaramada en títulos solemnes y amiga del boato y las ventajas terrenales. Todo ello nos invita a fijar un camino formativo sistemático que vaya borrando tópicos y fijando certezas.

Quienes trabajan en pastoral juvenil saben de soledades y de críticas afiladas. Las compensaciones inmediatas son pocas y cuando a los jóvenes les comienza a caldear la sangre, con frecuencia inician un ensayo de libertad que les distancia de lo religioso. Es el problema de la continuidad de los grupos y de la oferta de estructuras comunitarias acomodadas a cada etapa de crecimiento.

Un recordatorio final: No se puede pensar en una pastoral para los jóvenes sin los jóvenes. Son Iglesia, discípulos de Jesucristo llamados a la misión del Reino. La pastoral juvenil son ellos, con el nudo de su vida entre las manos. Nuestro único título es el de *condiscípulos* y *compañeros de viaje*. Hay analistas de la juventud que establecen tipologías y describen rasgos diferenciales. Estudios y diagnósticos no faltan. Faltan *acompañantes*, presencia cercana y educativa de adultos. Algo muy distinto a coquetear con los jóvenes, llevarlos en volandas para que no experimenten la dureza del camino o instrumentar una pastoral de invernadero.

Los agentes de pastoral juvenil no necesitan una letanía de elogios, pero sería injusto no ofrecerles nuestra comprensión y nuestro reconocimiento. Gracias por estar y seguir ahí.

PUBLICACIONES F.A.E

Publica:

Federación Agustiniana
Española

Coordinan:

María Paz Martín de la Mata
Santiago M. Insunza Seco

Imprime:

Grafinat, S.A. Argos, 8
28037 Madrid

TESTIGOS DE JESÚS EN EL MUNDO. DESPUÉS DE LA CONFIRMACIÓN, ¿QUÉ?



MICHEL OLAORTÚA LASPRA, OSA

EXPERIENCIA HUMANA: CONSTATAR UNA REALIDAD

La sociedad española ha cambiado. Antes era mayoritariamente católica y las tradiciones y ritos se transmitían de generación en generación. La familia tenía una gran importancia y, normalmente, alguno de los abuelos vivía en casa. Colegio y familia eran los principales agentes de socialización. Un elemento importante de nuestra cultura era la transferencia de la fe.

Hoy día la sociedad española presenta un cuadro muy diferente:

Nos encontramos inmersos en una cultura postmoderna donde la presión social es muy fuerte.

Ya no importa tanto el pasado ni conocemos nuestras raíces históricas.

Tampoco se ve el futuro como ideal a partir de unos proyectos a realizar.

Nuestra cultura da mucha importancia al presente. Es en él donde podemos vivir y disfrutar de la vida. Lo pragmático, el hedonismo, lo inmediato se va abriendo camino en nuestra vida. A la gente le asusta comprometerse a largo plazo.

Sabemos lo que queremos y nos apetece aquí y ahora.

Este hecho también repercute en la forma de pertenecer a la Iglesia y de vivir nuestra fe. Seguimos celebrando los sacramentos de la *Iniciación cristiana*, pero todos sabemos que, en muchos casos, son razones sociales y no religiosas las que nos llevan a estas celebraciones.

TESTIGOS DE JESÚS EN EL MUNDO

¿Qué está ocurriendo en el mundo religioso juvenil? ¿Qué pasa con tantos jóvenes que han sido confirmados en nuestras parroquias? Desgraciadamente, debemos afirmar que desaparecen. Es cierto que algunos siguen en grupos o comunidades y que hay quien sigue en su parroquia formándose cómo y para catequista. Otros viven su fe al margen de todo asociacionismo. En la gran mayoría, desde la Primera Comunión hasta la Confirmación, no frecuentan mucho la Iglesia. Algunos ya no llegan a recibir la Confirmación y de los que llegan, no vuelven a entrar en el Templo hasta su matrimonio, exceptuando actos como funerales, bodas... De los confirmados, hay quienes optan por el matrimonio civil e incluso son numerosas las voces que defienden otros tipos de familia. No cabe duda que nuestra sociedad está cambiando.

PARA EL DIÁLOGO

- Reflexiona sobre tu historia familiar: cómo habéis vivido, qué es lo que te han transmitido tus padres, qué consideras positivo y negativo...
- ¿Ha vivido alguno de tus abuelos en tu casa? ¿Qué es lo que más recuerdas de tus abuelos?
- A la hora de tomar una decisión, ¿Qué pesa más en ti? ¿Lo que debes hacer o lo que te gusta y apetece?
- ¿Qué actitud tienes ante el futuro? ¿Tienes algún proyecto a largo plazo?
- ¿Cuál ha sido tu trayectoria en la fe cristiana?
- ¿Cómo calificarías tu fe en estos momentos?
- ¿Qué está fallando en la Iglesia actual en relación con la *Iniciación cristiana*?
- ¿Qué piensas hacer una vez que te hayas confirmado?
- ¿Tienes miedo a la hora de adquirir compromisos familiares, sociales, eclesiales?

LA VIDA ILUMINADA

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20).

SER CRISTIANO EN LA IGLESIA

La Iniciación cristiana

Los sacramentos de la Iniciación cristiana son tres: Bautismo, Eucaristía y Confirmación. Por iniciación cristiana se entiende el proceso educativo de la Iglesia a través del cual los catecúmenos van conociendo el Misterio de la fe cristiana y

se van integrando en la comunidad eclesial. Sería lógico que, una vez finalizado el proceso de la Iniciación cristiana, las personas que han recorrido el camino catecumenal, se integraran en la Iglesia y formaran parte activa en la misma. No nos preparamos para recibir un sacramento. El objetivo de todo camino catecumenal es conducir a los catecúmenos a una pertenencia eclesial lo más plena y responsable posible. Por eso el tiempo de la *Mistagogía* es parte constitutiva de todo itinerario catequético (cf. *Directorio General de Catequesis*, pp. 88 y 89):

«Es un tiempo dedicado a la formación espiritual mediante la profundización en los sacramentos celebrados y el descubrimiento del servicio laical al que cada uno se siente llamado en su comunidad, y de la exigencia de testimonio y de anuncio misionero en el mundo» (Arzobispado de Valencia. *Itinerario abreviado de confirmación de adultos*).

«Después Jesús reunió a la gente y a sus discípulos, y les dijo: -Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la buena noticia la salvará. Pues ¿de qué le sirve a uno ganar todo el mundo, si pierde su vida? ¿Qué puede dar uno a cambio de su vida? Pues si uno se avergüenza de mí y de mi mensaje en

medio de esta generación infiel y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles. Y añadió: -Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto antes que el reino de Dios ha llegado ya con fuerza» (Mc 8,31-9,1).

San Agustín, en su predicación, especialmente cuando se dirigía a los neófitos, tiene buen cuidado de acentuar la realidad presente de Cristo, así como la manera en que los creyentes son una sola cosa con Cristo. Para san Agustín, el cuerpo de Cristo es una sola cosa con la Iglesia, y, en esa medida, los sacramentos son signos de la Iglesia y una sola cosa con ella.

¿Por qué muchos jóvenes abandonan la Iglesia después de recibir el sacramento de la Confirmación? Lo lógico sería que, tras un proceso de iniciación cristiana, el recién confirmado buscara su lugar en la Iglesia para poder vivir y compartir la vivencia de su fe. Veamos el ejemplo de san Agustín:

«Después de recibir el bautismo juntamente con otros compañeros y amigos, que también servían al Señor, le apeteció volverse a África, a su propia casa y heredad; y una vez establecido allí, casi por espacio de tres años, renunciando a sus bienes, en compañía de los que se le habían unido, vivía para Dios, con ayunos, oración y buenas obras, meditando día y

noche en la divina ley. Comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con su palabra y escritos» (*Vida de San Agustín escrita por San Posidio*, pp. 2-3).

Iglesia Misionera

La tarea primordial de la Iglesia es impartir la vida en Cristo. La Iglesia no constituye un fin en sí misma. Toda su razón de ser la recibe de Cristo y en Él encuentra su sentido y su misión. Escribe san Agustín: «**No tengo otro origen que Cristo, ni otra raíz que Cristo, ni otra cabeza que Cristo**» (*Réplica a las cartas de Petiliano*, 1,7,8).

Ya desde los primeros tiempos de la Iglesia, existe una clara relación entre la realidad misionera y la realidad eclesial. El mismo Jesús recibió el Espíritu Santo, el Paráclito, antes de llevar a cabo su ministerio público: «*Un día en que se bautizó mucha gente, también Jesús se bautizó. Y mientras Jesús oraba se abrió el cielo, y el Espíritu Santo bajó sobre Él en forma corporal, como una paloma, y se oyó una voz del cielo: -Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*» (Lc 3, 21-22).

La Iglesia ha nacido para seguir llevando a cabo la obra de Jesucristo: Anunciar el Evangelio y construir el Reino de Dios. La Evangelización constituye la propia identidad de la Iglesia. Toda la comunidad es responsable de la misión.

Desde el comienzo de su vida pública, Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con Él y participar en su misión (cf. Mc 3, 13-19); les hizo partícipes de su autoridad y «*los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar*» (Lc 9,2). Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo porque por medio de ellos dirige su Iglesia (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 551).

En esta misión de la Iglesia estamos todos comprometidos: sacerdotes y laicos. En la Iglesia todas las vocaciones contribuyen a realizar la misión que Jesús inició y que debemos continuar sus seguidores como piedras vivas de la Iglesia.

«*La Iglesia es, por su misma naturaleza, misionera, enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos*» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 766). En esta Iglesia, *la mies es mucha y los obreros son pocos*. Hay mucha tarea a realizar, sembrar la Palabra de Dios en el mundo actual, hacer que los valores del Reino se vayan instaurando en nuestra sociedad. San Agustín era consciente de ello. Así comenta la relación entre los fieles y sus pastores. Él hablaba como pastor preocupado por la inmensidad de la misión recibida: «**Sembrar, regar, cavar alrededor de algunos árboles y echarles algún cesto de abono. Toca a nosotros hacerlo con fidelidad y a vosotros recibirlo con la misma fidelidad; al Señor toca ayudarnos a nosotros a trabajar, a vosotros**

a crecer, a todos a pelear y a vencer con él al mundo...» (Sermón 101, 4).

Pertenece a la Iglesia

Desde nuestro bautismo, y más personalmente desde la Confirmación, todos nos comprometemos a formar parte de la Iglesia y a colaborar en el anuncio del Evangelio. El catecumenado nos debe ayudar a descubrir que el hecho de pertenecer a la Iglesia no corresponde al acuerdo o desacuerdo con una institución humana. La pertenencia eclesial debe surgir de algo más profundo, de una llamada de Jesús –el Cristo–, que nos llama a seguirle en el seno de una comunidad que comparte unos valores y unos criterios que no son otros que los valores evangélicos y la moral cristiana. Jesús nos invita a hacer realidad el Reino de Dios a través de la *comunión*, del *testimonio*, del *servicio* y de la *celebración*. Estas son cuatro dimensiones fundamentales de nuestra fe que nos ayudan a vivirla de una manera más tangible y a no reducir nuestra fe a un conjunto de ideas o doctrinas religiosas, a unas normas morales o a una obediencia ciega a instituciones eclesiales o clericales.

La conclusión de nuestro itinerario de Iniciación cristiana, ha tenido que servirnos para descubrir que, sea cual sea la opción que tomemos para nuestro

futuro, al menos tenemos que tener claro que:

«Somos Hijos de Dios y hermanos de Jesucristo y de los demás seres humanos. Esto implica aceptar los mandamientos de la Ley de Dios y la dignidad de la persona humana por encima de todo» (Mc 10, 17-18).

Pertenece a una comunidad –la Iglesia– que es santa y pecadora, humana y divina, y que está formada por el conjunto de seguidores de Jesús. Esto implica una relación personal con Jesús (oración y sacramentos), conocer su vida y su mensaje (estudio y formación). Lo mismo se puede decir con relación a la Iglesia. **«Nadie puede tener de su parte a Dios Padre si desprecia a la Iglesia madre»** (Sermón 255). La Escritura y la Tradición cristiana nos ayudarán en el conocimiento y en nuestro sentido de pertenencia.

Tener un interés por mantener viva nuestra fe. Independientemente de las opciones que tomemos, debemos vivir en comunión con nuestros hermanos, poner los dones y carismas que Dios nos ha dado al servicio de la comunidad, llevar una vida coherente de modo que seamos testimonio ante los demás de la fe que profesamos y celebrar con la Iglesia y en la Iglesia los misterios de nuestra fe, especialmente el Domingo (día del Señor) y el Año Litúrgico. **«Aceraos y comed el Cuerpo de Cristo, vosotros los que en el Cuerpo de Cristo habéis sido hechos**

miembros de Cristo; acercaos y bebed de la sangre de Cristo. Para que no os separéis, comed vuestro vínculo de unión; para que no os tengáis por despreciables, bebed vuestro precio de salvación» (Sermón 3,3)

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Te sientes parte integrante de la Iglesia?
- Te esfuerzas por mantener viva tu fe? ¿Cómo?
- ¿Qué dificultades existen hoy para vivir la fe cristiana?
- ¿Y para pertenecer a la Iglesia?

Somos cristianos

Ser cristiano no es vivir al margen del mundo y de la sociedad. Al contrario, debemos conocer la sociedad en la que vivimos, valorarla positivamente y desde una crítica constructiva, luchar por mejorar todo aquello que podamos, sintiéndonos parte integrante de la misma sociedad. Nos puede ser enriquecedor el siguiente texto de la Carta a Diogneto, que nos habla de la vida de las comunidades cristianas primitivas en el siglo segundo:

«Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades

exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres sabios, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana, sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en comida, vestido y demás géneros de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de vida superior y admirable y por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria y toda patria tierra extraña. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en carne, pero no viven según la carne. Obedecen a las leyes, pero sobrepasan a las leyes con su vida. Son pobres y enriquecen a todos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se les maldice y se les declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se les castiga como malhechores. Condenados a muerte, se alegran como si les dieran vida. Más, para decirlo brevemente: lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo.»

Ser cristiano es encontrarse con Jesucristo, dejarse seducir por Él de tal modo que uno se siente transformado en su interior, cautivado por su mensaje. Este cambio interior es lo que llamamos *conversión*. Es este cambio interior, esta seducción, la que nos mueve a actuar, a compartir nuestra alegría, a convertirnos en profetas del Reino. He aquí lo que sintió san Agustín en su mundo interior:

«¡Qué ardor sentía, Dios mío, que ganas tenía de retomar el vuelo hacia ti desde las realidades terrenas, sin darme realmente cuenta de lo que estabas haciendo conmigo! Porque, de hecho, en ti tiene su morada la Sabiduría» (*Confesiones*, 8).

Personas de fe

Una primera lectura de los puntos anteriores nos puede asustar. No se trata de eso. Nadie es perfecto y todos somos pecadores. **«Desde la primera trasgresión del hombre, el diablo vencedor poseía a todo el género humano, nacido bajo el pecado. Si no hubiéramos estado cautivos, no habríamos necesitado un redentor»** (*Sermón* 27). Se trata de tener claras las ideas y de aspirar a ello como ideal de nuestra vida. Es la meta a la que aspiramos. Sin duda que no llegaremos al ideal. Pero no podemos autojustificarnos. Deberemos reconocer humildemente nuestros errores, implorar la misericordia de Dios, recibir el perdón de la Santa Madre Iglesia junto con la fuerza del Espíritu Santo, para volver a reorientar

nuestra vida en consonancia con nuestra fe cristiana y nuestra pertenencia eclesial. Esto es lo mínimo a lo que nos podemos comprometer a la hora de recibir los sacramentos de la iniciación cristiana. Nuestra vida no puede ir separada de la fe cristiana. Entre ambas debe haber una unidad. La fe ha de ser el valor absoluto y fundamental que da sentido a los restantes valores de nuestra existencia. La fe no es excluyente, sino que reformula y orienta cada uno de nuestros valores para que, como personas, podamos alcanzar la felicidad. San Agustín predicaba a sus fieles: **«Cada mañana te pones tu vestido para cubrir la desnudez y defenderte del frío. ¿Por qué no cubres también tu alma con el vestido de la fe? Recuerda cada mañana las verdades del Credo y da un repaso a tu vida con la vara de la fe. De lo contrario, tu alma sufrirá la desnudez del olvido y comenzará a agriparse con el frío de la despreocupación»** (*Sermón* 58, 11,13).

San Agustín, que había buscado la Verdad en distintas corrientes de pensamiento, en grupos y movimientos, llega a descubrirla en su propio interior. Allí se encuentra consigo mismo y allí identifica la Verdad con Dios. Esta experiencia de conversión suscita en él una fe profunda. Luego, a la hora de hablarnos de ella, hace un sinfín de juegos de palabras. Para el santo de corazón inquieto la fe es un grado de conocimiento y la puerta para el mismo (*Sermón* 116). Fe es creer lo que no

vemos. El premio de la fe es ver lo que creemos (*Sermón 43*). La oración sin fe es una fórmula vacía (*Sermón 115*).

Iglesia de comunión y servicio

Todos los seguidores de Jesús formamos la Iglesia que es el Pueblo de Dios. Para afirmar que Jesús quiso una comunidad de seguidores, nos apoyamos en hechos concretos descritos en la Escritura: Los seguidores de Jesús reciben la misión de ir por el mundo anunciando la Buena Nueva y bautizando, la elección de los Doce, el Primado de Pedro, la Institución de la Eucaristía... Este conjunto de seguidores de Jesús a lo largo de la toda la historia, es el Pueblo de Dios que llamamos Iglesia, porque hemos sido convocados y reunidos por Él. Ahora bien, el modo de organizarse la Iglesia no es algo que Jesús haya dejado fijado de forma inalterable. Debemos respetar la Tradición si queremos ser fieles al Mensaje recibido, pero debemos ser fieles también a los destinatarios de dicho mensaje. Por eso, el Vaticano II habla de los signos de los tiempos y de los procesos de *inculturación*. Los creyentes, a lo largo de la Historia, buscan formas nuevas de vivir y expresar su fe de acuerdo a la cultura en la que se desenvuelve su existencia. Hoy, a la luz del Concilio Vaticano II, entendemos que la mejor manera de entender la Iglesia es desde un modelo de *comunión y servicio*. Esto no quiere decir que las funciones,

carismas y ministerios sean algo nuevo en la Iglesia. El Espíritu Santo los ha ido suscitando desde sus orígenes. San Agustín lo comenta así: **«Realicen todos las funciones que les son propias en el cuerpo, porque el Espíritu Santo está presente en todos los miembros para mantenerlos vivos, da vida a todos y a cada uno su función. Cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida, trabajando ahora en la tierra para reinar después en el cielo»** (*Sermón 26*).

De ahí que todo cristiano debe realizar un profundo *discernimiento*, es decir, ponerse en actitud de oración y, en presencia del Espíritu, reflexionar sobre su vida, sobre cuál es su misión en la Iglesia y en el mundo, cuáles son los dones que ha recibido de Dios para ponerlos al servicio de la Iglesia. Debemos interrogarnos si estamos llamados a ejercer algún ministerio eclesial. No se trata de una simple reflexión personal. Aquí lo importante es ponerse en presencia de Dios y dejar que sea él quien nos ilumine.

La Misión

En el Pueblo de Dios todos hemos recibido una serie de carismas o dones que tenemos que poner al servicio de los demás. Una Iglesia viva necesita de obispos, sacerdotes, catequistas, cantores, lectores, cristianos comprometidos en ayudar a los más necesitados... Estos

servicios los vivimos desde las distintas vocaciones. Hay personas que optan por consagrarse a Dios desde la vida sacerdotal o religiosa, y hay otros que viven su fe desde su condición de seglares comprometidos. Todos forman parte de la Iglesia viva y deben asumir su papel y ejercerlo corresponsablemente. La función de los laicos consiste, fundamentalmente, en dar testimonio de Cristo en las realidades temporales, es decir, en el mundo y en la sociedad, y, de un modo especial, en la familia y en el trabajo. Es la *índole secular* de la que habla el Vaticano II: «*Los laicos son llamados por Dios para contribuir desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad*» (*Lumen Gentium*, 31).

La misión es una exigencia de la catolicidad de la Iglesia (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, 849-856). Para ello, hay que «*capacitar a los discípulos de Jesucristo para estar presentes, en cuanto cristianos, en la sociedad, en la vida profesional, cultural y social. Se les preparará, igualmente, para cooperar en los diferentes servicios eclesiales según la vocación de cada uno*» (*Directorio general para la catequesis*, 86). Y la misma Palabra de Dios, a través de san Pablo que

representa para nosotros un ejemplo de conversión y de misión evangelizadora, afirma: «*Existen carismas diversos, pero un mismo Espíritu; existen ministerios diversos, pero un mismo Señor; hay diversidad de actividades, pero uno mismo es el Dios que activa todas las cosas en todos. A cada cual se le concede la manifestación del Espíritu para el bien de todos*» (1 Cor 12, 4-7).

«*Así, todo laico, por el simple hecho de haber recibido sus dones, es a la vez testigo e instrumento vivo de la misión de la Iglesia misma, según la medida del don de Cristo*» (*Lumen Gentium*, 33).

Leemos en los *Hechos de los Apóstoles* que la experiencia de Pentecostés cambió profundamente a los doce. El Espíritu Santo transformó a unos hombres temerosos en audaces y valientes. Más tarde, Pedro, portavoz del grupo, habló con soltura: «*Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús es Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros, realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis... vosotros, por manos de paganos lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte...*» (Hch 2, 22-25). No se podía ser más claro a la hora de proclamar la resurrección de Jesús y apuntar con el dedo a los judíos como responsables de la muerte del Maestro. «*Por tanto, entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías al*

mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis» (Hch 2, 36).

Ni la muerte de Jesús ni tampoco su resurrección, fueron un punto final, sino el comienzo de una nueva humanidad, una nueva historia y una nueva comunidad: la Iglesia. *«Vivificados y unificados en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana; consumación que coincide plenamente con el designio amoroso de Dios de restaurar en Cristo todo cuanto existe en los cielos y sobre la tierra» (VATICANO II, Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, 45).*

Los apóstoles y otros discípulos comenzaron a entender. Ahora comprendían que Jesús había derrotado a la muerte y que su Maestro era el gran autor de la vida (Hch 3,15). Antes de Pentecostés, se encontraban vacíos, lo único que guardaban en su corazón era el miedo, la orfandad, el fracaso. Pentecostés supone llenarse del Espíritu, vislumbrar la gloria y la alegría de la resurrección, sentirse herederos de una misión. Todo obra del Espíritu.

¿Qué había sucedido? Gracias a la moderna cirugía hoy se practican trasplantes de órganos. Los más llamativos son los trasplantes de corazón, quizá porque –simbólicamente– se considera la casa de la vida o porque es una víscera que ha sugerido abundante literatura. Hay personas que viven con un

corazón de recambio. Los apóstoles –podemos decir con permiso de los teólogos– comienzan a predicar y a vivir con un Espíritu transplantado. Recibieron la fuerza del Espíritu Santo para ser testigos en Jerusalén, Samaria y hasta los confines del mundo (Hch 1, 8).

Pentecostés no corresponde al pasado y a la historia singular de un grupo selecto. También nosotros recibimos el Espíritu Santo –primero en el Bautismo, más tarde en la Confirmación– y participamos de la misión de Jesucristo. El espíritu nos empuja a *ser testigos*. Testigo es el que da testimonio. El testimonio de la fe es esencial a la evangelización. *«Mira la rosa. A ella no le hace falta hablar. Simplemente expande alrededor de sí su fragancia. Su perfume es su palabra. Si la rosa pudiese pensar y querer, aun reclutando un gran número de propagandistas no lograría tener más admiradores de los que logra con su simple fragancia. Pues bien: la fragancia de una vida recta y religiosa es mucho más sutil y penetrante que la fragancia de la rosa. Vosotros, cristianos, deberíais hacer como la rosa» (M. Gandhi).*

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué dones o carismas crees que has recibido de Dios?
- ¿Qué haces tú como parte de la Iglesia?

- ¿Encarnas tú los valores del Reino en la sociedad en la que vives? ¿Das testimonio de tu fe?
- ¿Te sientes enviado por Cristo a una misión concreta?

PERSONAS COMPROMETIDAS

PROYECTO DE VIDA

De todo lo dicho anteriormente, se deduce que en primer lugar tenemos que responsabilizarnos de mantener encendida la llama de la fe. Nos puede ayudar para ello el elaborar un buen proyecto de vida personal. Hay personas que *van tirando* por la vida, sin saber muy bien hacia dónde van. Son hijos de una sociedad actual que nos invita a vivir y gozar plenamente del presente. Por el contrario, una persona responsable ha de elaborar su propio proyecto de vida, plantearse los objetivos de su existencia y responder personalmente a unos interrogantes existenciales. Es aquí, en el proyecto de vida, donde debemos colocar nuestra fe. Debemos ser conscientes de nuestros propios valores, a qué cosas damos realmente importancia. De entre todos los valores, siempre hay uno que se erige en principal y organiza todos los demás. Para un cristiano, el valor principal debe ser Dios, la vida de fe. Este

valor no borra los demás, sino que los organiza y les da sentido.

Aceptar a Dios como eje supremo de nuestra existencia nos ayudará a evitar una fragmentación personal y un dualismo paralelo entre la fe y la vida.

Releer la propia vida desde la perspectiva de nuestra fe, nos ayudará a buscar la felicidad dentro de nosotros mismos en presencia de Dios. Advierte san Agustín: **«Deja siempre un pequeño margen para la reflexión, margen para el silencio. Entra dentro de ti mismo y deja atrás el ruido y la confusión. Bucea en tu intimidad y trata de encontrar ese dulce rincón escondido del alma donde puedas verte libre de ruidos y argumentos, donde no necesites entablar disputas sin término contigo mismo para salirte siempre con la tuya. Escucha la voz de la verdad en silencio para que puedas entenderla»** (*Sermón 52,19,22*).

Si no queremos dejar nuestra vida a merced de la improvisación, debemos elaborar nuestro proyecto de vida.

Para ello, no bastan las buenas intenciones y los buenos deseos, sino que un buen proyecto ha de ser concreto y evaluable, de tal forma que lo revisemos periódicamente y podamos comprobar si lo estamos cumpliendo. **«Un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas»** (*Comentarios a los Salmos, 80, 14*), recuerda san Agustín.

Un proyecto de vida no es algo cerrado. No se planifica una vez para siempre. Hay que estar constantemente revisándolo y modificándolo. Lo importante es la honradez y sinceridad personal. A nadie le interesa más su propia vida que a uno mismo. Hay que evitar engañarse a uno mismo. San Agustín aconseja sabiamente: «**Entra en ti mismo. Examínate. Júzgate. Espero que demuestres categoría suficiente como para no pretender engañarte a ti mismo. ¿No te dice nada tu conciencia? Me parece que sí, que te ha dicho algo, aunque, tal vez, tú te empeñes en negarlo. No pienses que yo tengo interés en saber lo que te grita tu conciencia. Me basta con que te oigas a ti mismo. A solas. Y sin testigos**» (*Sermón 13, 6,7*).

PROYECTO DE VIDA CRISTIANA

Un buen proyecto de vida, en el marco de la fe, debe abarcar, además de los valores humanos, profesionales, familiares..., los aspectos fundamentales de la vida cristiana. Se pueden sintetizar en los siguientes apartados:

- **Conocimiento de la fe:** Se refiere a cómo voy a profundizar en el conocimiento de la fe cristiana: pertenencia a un grupo, asistencia a charlas, lectura de la Biblia y de otros libros religiosos y teológicos, documentos oficiales de la Iglesia... La formación es uno de los aspectos más necesarios para los cristianos de hoy. Estamos en una sociedad que constantemente nos cuestiona o rechaza algunos enunciados de la doctrina católica. Hoy más que nunca, los cristianos debemos saber dar razón de nuestra fe, debemos ofrecer respuestas verdaderas y, sobre todo, saber defender el Evangelio de Jesucristo que sigue siendo tan válido hoy como ayer.
- **Celebración de la fe:** Se refiere a la liturgia de la Iglesia, las celebraciones y sacramentos, la oración personal y comunitaria. Destaca la importancia de la Eucaristía y de la Reconciliación como ayudas en la maduración de la fe. Para san Agustín, la oración es ponerse en contacto con el maestro interior, entrar dentro de uno mismo, encontrarse con la propia verdad y con Dios. «**A Dios no se le llama con la voz, sino con el corazón**» (*Comentarios a los Salmos, 30, 2*). La oración para el santo no es una práctica religiosa, un ejercicio ascético o una carga penosa y aburrida, sino más bien un espíritu de vida, un respiro de la propia fe. Cuando el hombre se abre a Dios, alcanza su mayor plenitud. Dios se revela al ser humano cuando quiere y como quiere. Pero no podemos dejar de señalar la liturgia, especialmente, los sacramentos, como lugares privilegiados del encuentro con Dios.

De ahí que, cuando alguien afirma que es creyente o cristiano pero no practicante o que no va a misa, tenemos que señalar que se está perdiendo una oportunidad de oro para revitalizar su fe y encontrarse cara a cara con el Misterio. **«Os he recomendado un sacramento (Eucaristía); entendido espiritualmente, os vivificará. De ahí que, aunque sea necesario celebrarlo visiblemente, conviene, sin embargo, entenderlo invisiblemente»** (*Comentarios a los Salmos*, 98,9).

- **Actitudes evangélicas:** Se refiere a nuestros valores, actitudes, reacciones, principios. Toda conversión cristiana consiste en una transformación interior. El encuentro con Cristo nos cautiva de tal forma que va modelando nuestra forma de ser. Un cristiano no es aquél que sólo cumple unas normas o realiza unas obras. La conversión se actúa en la interioridad del ser. De ahí que debamos mirar hacia dentro y no estar volcados hacia el exterior. Agustín nos advierte del peligro: **«Los hombres salen a hacer turismo para admirar las crestas de los montes, el oleaje tempestuoso de los mares, el fácil y copioso curso de los ríos, las revoluciones y los giros de los astros. Y sin embargo, se pasan de largo a sí mismos»** (*Confesiones*, 10,8). Un buen cristiano debe decidir de acuerdo a criterios cristianos y evangélicos; no

se puede enrolar a lo que piense y haga la mayoría. Ha de ser una persona crítica que sabe aplicar el mensaje de Jesús a cada situación de su vida.

- **Compromiso apostólico y misionero:** Cada uno ha de preguntarse qué es lo que puede hacer al servicio de la Iglesia y de la humanidad como enviado de Cristo. Aquí situamos el voluntariado, la militancia cristiana y todas aquellas entregas generosas que cada cristiano hace a favor de la construcción del Reino y al servicio de los hermanos. Todos somos colaboradores de Dios en su plan de salvación. La Iglesia y el mundo necesitan de Dios. Y Dios actúa también a través de nosotros. Hay mucho por hacer y las manos son pocas. Dios nos necesita y por eso Jesús nos llama a cooperar en su misión que no es otra que la de construir el Reino de Dios y anunciar la Buena Noticia. Desde nuestro bautismo, todos somos sacerdotes, profetas y reyes. Todos, por el hecho de ser cristianos, estamos llamados a: sacrificarnos por los demás (*sacerdotes*), anunciar el Evangelio y denunciar las injusticias (*profetas*), hacer presente el Reino, el Señorío de Dios en el mundo (*reyes*).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué hago por formarme en mi fe cristiana?
- ¿Acudo a las celebraciones de la Iglesia?
- ¿Choca mi manera de pensar en algunos temas con el mensaje cristiano?
- ¿Qué hago por los demás? ¿Colaboro en la Iglesia?

MIEMBROS DE LA IGLESIA,
TESTIGOS EN EL MUNDO

Sabemos que la fe se robustece dándola a los demás con el testimonio y el servicio. En la sociedad actual, que ha asumido muchas de las notas del postmodernismo, la fe se ha reducido, en muchas ocasiones, a la esfera de lo privado. Por eso, hoy más que nunca, es necesario compartir nuestra fe y hacer un anuncio explícito de la misma (cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Una Iglesia esperanzada, ¡Mar adentro!*, 29).

Este proceso de formación y maduración en la fe, lo debemos llevar a cabo en una doble perspectiva: dentro y fuera de la Iglesia. El mundo reclama una pastoral de la cultura: *«Que los intelectuales católicos y los laicos en general utilicen los Medios para hacer oír su voz y los criterios de la Iglesia en el debate social, en la interpretación de los*

acontecimientos y en la orientación de la conducta» (CEE, *Una Iglesia esperanzada, ¡Mar adentro!*, p. 44). Para esto es necesario que cada uno de los católicos seamos conscientes de nuestra pertenencia eclesial. Podemos criticar a la Iglesia, pero no desde fuera, sino sintiéndonos parte integrante de la misma y con la intención de aportar nuestra vida y carismas a la edificación y mejora de la Iglesia de Cristo.

Para ello es bueno que nos integremos tanto en nuestra parroquia, como en alguno de los diversos grupos o movimientos que existen en la Iglesia, tanto en el ámbito de la diócesis como de la Vicaría, el Arciprestazgo o la parroquia. Unos se caracterizan por una mayor atención al aspecto formativo, son los grupos que se centran en el estudio de diversos temas. Otros grupos se forman a partir del área caritativo-social (Cáritas, Intermón, Manos Unidas, ONGs, atención a enfermos, personas mayores, etc). También existen grupos que ponen el acento en las celebraciones cristianas (grupos de Liturgia) y en la oración (Renovación Carismática, Comunidades Neocatecumenales, Grupos de Oración y Amistad...). Tampoco podemos olvidar la *Acción Católica* por lo que ésta ha representado en la historia de la Iglesia para la formación y apostolado de los seglares (cf. *Apostolicam Actuositatem*, 20).

Hoy día, muchos jóvenes y adultos que han culminado su proceso de iniciación cristiana mantienen sus vínculos eclesiales a través de la catequesis. En todas las diócesis existen las *Escuelas de Catequistas*.

PARA TERMINAR

Lo importante es querer seguir a Jesús. La persona que se encuentra con Él queda transformada en su interior y no puede concebir su vida sin aceptar sus valores y sin un seguimiento y compromiso específicos. Quien culmina el proceso de iniciación cristiana y se olvida de su pertenencia eclesial, debe revisar su fe, ya que, seguramente, no se haya producido el encuentro con Jesús. *«Hemos visto al Señor»* (Jn 20, 25) es la confesión de fe de todos aquellos discípulos de Jesús que un día decidieron dejarlo todo y seguirle. Y tú, ¿quieres seguir a Jesús? Hazte seriamente esta pregunta y busca en la Iglesia una parcela donde puedas desarrollar tu misión y alcanzar en ella tu propia felicidad.

«Esta misión divina confiada por Cristo a los apóstoles tiene que durar hasta el fin del mundo, pues el Evangelio que tienen que transmitir es el principio de toda la vida de la Iglesia»

(Catecismo de la Iglesia Católica, 860)

«Cada cristiano está llamado a ejercer el apostolado individual en las variadas

circunstancias de su vida; recuerde sin embargo, que el hombre es social por naturaleza y que Dios ha querido unir a los creyentes en Cristo en el Pueblo de Dios y en un solo cuerpo. Por consiguiente, el apostolado organizado responde adecuadamente a las exigencias humanas y cristianas de los fieles y es al mismo tiempo signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo»

(Vaticano II, Apostolicam Actuositatem, 18).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Reduczo la vivencia de la fe a mi esfera privada?
- ¿Soy capaz de defender la doctrina de la Iglesia ante los demás?
- ¿Estoy integrado en mi parroquia o en algún grupo eclesial? ¿Me gustaría?
- ¿Quiero realmente seguir a Jesús? ¿Sé lo que esto significa?

ORACIÓN AGUSTINIANA

«Señor, hazme vivir no de mi justicia, sino de la tuya. Lléname del amor que tanto anhelo. Ayúdame a cumplir lo que me mandas y dame tu mismo la gracia de cumplirlo. Revíveme con tu justicia, porque de mí no tengo más que gérmenes de muerte. Y sólo en ti está el principio de la vida.

Oh Cristo, Jesús, mi justicia eres tú, sabiduría del Padre y justificación mía, santidad de Dios y redención de los hombres. En ti se halla lo que tú me mandas y lo que yo deseo. Eres el verbo de Dios, pero te hiciste carne para ser mi prójimo.»

(Comentarios a los Salmos, 118,12,5)

PARA SABER MÁS

BOROBIO, D., *Misión y ministerios laicales*, Sígueme, Salamanca 2001, 379 p.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA:

Misión de los apóstoles: 2, 551 ss., 766, 858 ss., 1223.

Misión de la Iglesia: 6, 257, 730, 737 ss., 782, 811, 849, 890, 913, 1201, 1538, 2246

Misión de Cristo, del Espíritu: 237, 244, 394, 430 ss., 485, 502, 536, 606, 669, 689 ss., 1108, 2600

Misión "ad gentes": 1122, 1533, 1565, 2044, 2419.

COMISIÓN NACIONAL FRANCESA DE CATEQUESIS, *Catecumenado de adultos*, Mensajero, Bilbao 1996, 317 p.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos. Iglesia en el Mundo*, 1992.

ESPEJA, J., *La espiritualidad cristiana*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1992, Capítulo IV. GARRIDO, J., *Una camino de evangelio y libertad*, Paulinas, Madrid 1991, Cuarta etapa.

JUAN PABLO II, *Catechesi Tradendae*, (Exhortación Apostólica sobre la catequesis).

- *Redemptoris missio*. (Carta Encíclica sobre la misión de Cristo).
- *Christifideles laici*. (Exhortación apostólica sobre los fieles laicos.)

MOVILLA, S., *Del Catecumenado a la comunidad*, Paulinas, Madrid 1982, 228p.

PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, (Exhortación Apostólica sobre la evangelización).

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis*, Edice 1997, Capítulo III de la I Parte.

VATICANO II, *Lumen Gentium*, (Constitución dogmática sobre la Iglesia).

- *Apostolicam Actuositatem* (Decreto sobre el apostolado seglar)

Títulos de la colección:

1. MI VIDA, ¿ES MÍA?
2. LA ASIGNATURA DEL SUFRIMIENTO O LA REALIDAD DE LA CRUZ
3. EL REGALO DE LA FE
4. VIVIR EN LA ESPERANZA
5. SÓLO IMPORTA EL AMOR
6. ¿ES POSIBLE DIALOGAR CON DIOS? LA ORACIÓN
7. LA BIBLIA, CARTA DE DIOS
8. JESUCRISTO, ROSTRO DE DIOS
9. JESUCRISTO, EL HIJO DE DIOS
10. LA AVENTURA DE SEGUIR A JESUCRISTO
11. MARÍA, LA LLENA DE GRACIA
12. SIETE GESTOS DEL AMOR DE JESÚS
13. BAUTIZADOS Y CONFIRMADOS EN EL SEÑOR
14. LA ALEGRÍA DEL PERDÓN. RECONCILIACIÓN CON DIOS Y CON LA IGLESIA
15. COMULGAR... COMPARTIR
16. UN ESTILO DE VIDA COMO EL DE JESÚS
17. LA IGLESIA, UNA MADRE CON ARRUGAS
18. LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD, CAMINOS PARA LA PAZ
19. SOMOS SEXUADOS, ¡COMO DIOS MANDA!
20. EL ESPÍRITU DE JESÚS
21. OCHO AVENTURAS PARA SER FELIZ
22. TESTIGOS DE JESÚS EN EL MUNDO
23. DIOS, HUÉSPED DE NUESTRA HISTORIA
24. HABLAMOS DE LA ESPIRITUALIDAD DE SAN AGUSTÍN



PEDIDOS:

Secretaría de la F.A.E.
Islas Hébridas, 57
28035 Madrid

Tel. 609 952 487 • Fax. 91 376 92 51
faesecret@terra.es



Cuadernos